

REAL ORATORIO DEL CABALLERO DE GRACIA

HOMILIA EN LA MISA DEL DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

26 DE FEBRERO DEL 2017

Celebración del V Centenario del nacimiento del Caballero de Gracia

"No podéis servir a dos señores..., no podéis servir a Dios y a las riquezas" (Ev). Queridos hermanos, aquí tenemos una enseñanza permanente de Nuestro Señor, de gran importancia para todos los tiempos, una regla de oro exigente pero necesaria si queremos tener el corazón libre para amar de verdad a Dios y a nuestros hermanos, y hacernos cargo de las necesidades materiales de los que nos rodean. Todos necesitamos medios humanos para vivir, vestirnos, alimentarnos, descansar y cuidar de nuestro cuerpo..., pero "¿no es más el alma que la comida?". Todos ponemos medios para atender nuestras necesidades más vitales, ¿pero ponemos el mismo empeño en cuidar las necesidades del alma? Donde esté nuestro tesoro, allí está nuestro corazón, nos dice también el Señor; ¿y dónde está mi corazón?. Pedirle al Señor un sano desprendimiento de las cosas de la tierra: saber utilizarlas como medio y no como fin; tener "el dominio y el señorío propios de los que aman al Señor por encima de todas las cosas" (Amigos de Dios, 26), sin apegamientos materiales que empequeñecen el corazón. Así seremos también capaces de sentir como propias las necesidades ajenas, tan frecuentes en nuestros días. No podemos ser indiferentes, como el Papa nos recuerda, a las carencias de nuestro prójimo. Nuestra credibilidad como cristianos -dice también el Santo Padre- está en nuestra capacidad real de amar con obras a los demás: ayudarles en sus necesidades materiales, pero también en las espirituales dándoles a conocer a Jesucristo. El Señor se quiere servir de los cristianos para que otros muchos descubran el amor que Dios les tiene. Que tengan la seguridad y la alegría de saber -como nos dice el Profeta Isaías- que si una mujer no puede olvidarse del hijo que lleva en sus entrañas, menos aún se olvidará Dios de nosotros (Is 49,15).

El Caballero de Gracia, cuyo V Centenario conmemoramos, procuró vivir también este desprendimiento en sus largos años de diplomático al servicio de la Santa Sede, renunciando a honores y distinciones que le habrían reportado beneficios materiales, y después destinando parte de su tiempo y de su patrimonio a la promoción de hospitales y colegios para atender enfermos y niños abandonados. A veces se desprendía de lo que incluso necesitaba para sí mismo.

Cuando el centro de nuestros deseos está en buscar la gloria de Dios, cuando en El descansa nuestra alma como nos dice el Salmo, se siente su fuerza y su apoyo, El es nuestro baluarte, nos sentimos amados por El y de ahí proviene la constancia y la fuerza para sacar adelante las tareas que Dios nos encomiende.

Así se comprende, por ejemplo, que el Caballero de Gracia haya podido trabajar tanto por la Iglesia en misiones diplomáticas al servicio de la Santa Sede en diversos países y particularmente en la Nunciatura de España en la época de Felipe II, interviniendo directamente en misiones de gran responsabilidad para la paz de Europa. Contribuyó eficazmente -junto a los futuros Papas, con los que trabajó, Gregorio XIII, Sixto V y sobre todo Urbano VII, Nuncio en España- a "*la marcha del mundo por los caminos de la paz*", como hemos pedido en la oración Colecta. En Bolonia, donde estudió, conoció a Juan Bautista Castagna, que llegaría a ser el Papa Urbano VII, con el que colaboró directamente en las misiones diplomáticas a las que nos referíamos antes, encargadas directamente por el Papa.

Encontraba su fuerza en la oración y en la penitencia, especialmente cuando retirado ya de la actividad diplomática se ordenó sacerdote. Practicaba un riguroso ayuno varios días a la semana y dedicaba varias horas a la oración y a la adoración eucarística, y así hasta sus últimos días en la tierra. Su oración sería muchas veces la del Salmo 21 que hemos recitado: "*Alma mía, descansa solo en Dios... solo en Dios está mi gloria*".

En la segunda lectura de la Misa San Pablo dice a los de Corinto que *lo que se requiere en los dispensadores de los misterios de Dios es que sean hallados fieles*. Esta frase sintética es como la fórmula de canonización de los que siguen a Jesucristo. El Caballero de Gracia fue siempre un hombre fiel, fiel a su palabra, fiel a su vocación cristiana, fiel a sus superiores, al Papa y a la Iglesia. San Pablo sigue diciendo a los de Corinto: "*en cuanto a mí, poco me importa ser juzgado de vosotros (...) pues de nada me arguye la conciencia (...) y el que me juzga es el Señor*". También podría decir esto el Caballero de Gracia sobre la leyenda que se inventó dos siglos después de su muerte contra la realidad histórica, presentándolo como un caballero enamorado que al final se convertiría. Lo real es que vivió y murió con fama de santidad y San Simón de Rojas, su sucesor, promovió el comienzo del proceso de beatificación que ahora estamos reanudando.

La Asociación Eucarística por él fundada sigue sus actividades en este Oratorio, en el centro de Madrid, en plena Gran Vía, muy visitado por tantas personas que además de contemplar su belleza artística encuentran un clima de oración y recogimiento, de adoración a Jesús Sacramentado expuesto en la Custodia, y sacerdotes en los confesionarios para atender a los fieles en el sacramento de la reconciliación.

El Caballero de Gracia tenía también una gran devoción a la Virgen. Aquí veneramos a la Virgen del Olvido, aparecida en 1831 a pocos metros de donde nos encontramos, en el Oratorio anterior. Que ella nos proteja y siga velando por la difusión de la herencia espiritual del Caballero de Gracia. Así sea.

Juan Moya

Rector del Real Oratorio del Caballero de Gracia